

CARLOS MORAND

LA LECCION DE UN "PREMIO  
GONCOURT"

---

LOS DEFECTOS técnicos de algunas novelas acaban por perder importancia ante la enorme riqueza humana e ideológica que ellas encierran. Tal es el caso de *Las Raíces del Cielo*<sup>1</sup>, la novela que hizo ganar a su autor, Romain Gary, el "Premio Goncourt" de 1956. El tema de su libro —un verdadero hallazgo literario que se repite con poca frecuencia en un mismo siglo— es sin duda valiosísimo por la tremenda humanidad que lo impregna. Así es como a medida que descubrimos sus cualidades conceptuales, aquellas fallas en el aspecto técnico se van haciendo cada vez menos notorias, como si la fuerza intelectual que sustenta a la narración terminara por anularlas definitivamente.

*Las Raíces del Cielo* vienen a ser más que una epopeya —la de un hombre que se arriesga en la defensa de la naturaleza— y su protagonista rebasa el valor de un personaje hasta ahora inédito. En esta novela, Romain Gary refleja gran parte de la tragicomedia de nuestra época, con todas sus ambigüedades, absurdos y paradojas. Asimismo su protagonista es alguien que, como escasas criaturas de novelas contemporáneas, aparece enmarcado por toda su circunstancia histórica.

*Las Raíces del Cielo* es, entre otras cosas, el análisis de un destino, aquel que en nuestro siglo sufre obligadamente el hombre que han dado en llamar "idealista". No pretendemos decir que en los siglos pasados los idealistas corrían suertes más favorables, o que la ambigüedad y el absurdo no se daban en las situaciones políticas. Nada de eso. Pero a menudo la gente de buena voluntad espera que el siglo que viene a continuación cumpla las promesas que el anterior

<sup>1</sup>Edición Gallimard (NRF), París, Ediciones G. P., 1960.  
1956. Existe una versión española:

no cumplió, así como el año nuevo debe traer la felicidad que no trajo el pasado. En buenas cuentas, es natural pretender que el hombre vaya superando sus defectos a medida que se desarrolla y se encamina hacia la madurez. "¡No somos peores que en la Edad Media, por ejemplo, cuando se cometían tales y tales injusticias!" —podrá protestar alguien airadamente. Sí, señor, la razón es suya: no somos peores, pero tampoco somos mejores, a pesar de que hayan transcurrido más de cinco siglos desde el final de aquella edad. Y es posible creer que jamás lo seremos. Nada está probando, al menos, lo contrario. Queda por lo tanto el consuelo de que la historia se ha mostrado hasta ahora como una dama que anda y desanda caminos, avanza y retrocede mientras permite que el Bien y el Mal se turnen cortésmente para ocupar el timón. Difícil resulta saber si estamos mejor o peor que antes, sobre todo en una época como la nuestra, en la que conviven la penicilina y los campos de concentración, y se exponen racionales justificaciones para eliminar con más comodidad al caballero que no piensa como uno.

Pero retornemos al asunto que nos ocupa.

Romain Gary, escritor consciente y responsable, quizá nunca tuvo intención de estampar moralejas en su libro. Las moralejas que en las obras, especialmente en las novelas, aparecen de un modo explícito suelen hacernos imaginar a su autor como un individuo de buena fe, pero un tanto ingenuo. Mas, a veces sucede que las moralejas se desprenden solas de ciertos libros, actuando independientemente de la voluntad del autor. Posiblemente las mejores obras didácticas son aquellas que no quieren aparecer como tales. Sólo el lector es culpable si descubre enseñanzas en su contenido. Algo semejante sucede con *Las Raíces del Cielo*. Vislumbramos en esta novela, sin asegurar que Romain Gary las haya colocado de *ex profeso*, algunas lecciones de gran interés. Y es sobre ellas que deseamos referirnos.

La historia del protagonista es la historia de un excéntrico. Morel ha desatado en Africa Ecuatorial francesa —en el territorio que circunda al lago Tchad— una curiosa guerra: la defensa de los elefantes. El libro se abre con fragmentos de las conclusiones a que llegaron en 1953 los miembros de una conferencia habida en el Congo Belga sobre la protección de la naturaleza. Anualmente mueren 30.000 elefantes bajo los golpes indiscriminados de cazadores de todo tipo, sea el tribeño que mata para alimentarse, sea el comerciante en marfil, sea el cazador "deportivo" que dispara sin tener que moverse de su coche. Contra ellos se levanta Morel, Quijote solitario,

neurótico, misántropo y obsesivo. Sus cualidades humanas radican más bien en su ejemplo que en su personalidad. Lanzarse, completamente solo, a la defensa de algo tan grande, pero al mismo tiempo tan insignificante, no resulta ser empresa corriente. Morel no tuvo libros de caballería que caldearan su cabeza, únicamente la triste experiencia de los campos de concentración, como tantos "hijos del siglo". Allí se salvó de la claustrofobia y de la locura gracias al desarrollo de su imaginación. A lo estrecho se empeñó en oponer los grandes espacios; al encierro, la libertad sin límites; a la muerte por mano del hombre, la permanencia de la vida por obra de él mismo. Su mente evocaba grandes manadas de elefantes cruzando las inmensas praderas africanas, y por el efecto reconfortante de esas imágenes logró sobrevivir. La guerra termina y Morel se promete defender como fuera aquello que había sido el instrumento de su salvación moral. El primer paso es persuadir a sus semejantes a que cesen de matar por matar. Reparte folletos instando al apoyo firmado. Su cruzada en favor de los animales es total. No se trata solamente de defender las especies para evitar su extinción; Morel quiere llegar más a fondo: suprimir el dolor, condenar el sufrimiento producido gratuitamente. Pero el repudio y la indiferencia que todos le demuestran lo lanzan a la acción directa. Se convierte en "maquis" y hace uso de la violencia para dejarse oír. No pasa mucho tiempo sin que su figura se convierta en leyenda.

No es necesario hacer hincapié en la reacción de las autoridades coloniales francesas, desconcertadas ante los hechos de ese individuo que primero llaman loco, luego faccioso y, por último, ejemplo peligroso que compromete los intereses de Francia. No es preciso, asimismo, comentar la reacción del mundo cuando se impone de las hazañas de Morel, tampoco la de los eternos periodistas dispuestos a sacar partido del asunto informando a ese honorable público que los mantiene y que ni en cien siglos sería capaz de emular los actos de un aventurero que sólo podrán conocer en el papel impreso. (Únicamente uno de los periodistas —el americano Abe Fields— abandona su voracidad profesional para desprenderse de sus tesoros fotográficos y acompañar a Morel en su peregrinación). Centrémonos mejor en los personajes más inmediatos al protagonista.

Junto a Morel comienzan a reunirse nuevos defensores de la naturaleza. Entre los principales se halla Minna, la muchacha alemana que buscó en Africa un refugio luego de servir en un burdel para soldados durante la guerra; un naturalista danés que luchó su vida entera a favor de la conservación de las especies vegetales y animales.

(Suya es la bella metáfora de las "raíces del cielo"; ellas vendrían a ser la Naturaleza, en la cual el hombre se nutre física y espiritualmente). Johnny Forsythe, el aviador norteamericano que traicionó a su patria en un acto de estúpida buena fe. Un comerciante levantino llamado Habib. Y por último un negro, Waïtari, un líder nacionalista. El resto son personajes oscuros que no tienen mayor importancia en el desarrollo de la historia.

¿Hasta qué punto cada uno de los personajes nombrados actúa limpiamente en su relación con Morel? ¿Hasta qué punto cada uno lo acompaña en su empresa solamente *por* y *para* los elefantes? Excepto Peter Qvist, el naturalista danés, todos persiguen una finalidad personal, con un mayor o menor grado de egoísmo, como ocurre inevitablemente en los proyectos de la índole que sostenía Morel.

Minna: no podemos negar nobleza a su actitud, pero ella no se une a Morel exclusivamente por los elefantes; lo sigue porque su anhelo es que alguien de Alemania se halle junto a él, quien padeció por culpa de su país. Pero además de buscar en Morel una forma de expiar la falta de su patria, intenta la recuperación de una pureza espiritual perdida, y ese estado cree hallarlo gracias al influjo de un idealista.

Por su parte, Forsythe es el clásico desesperado, el apátrida, el paria. Su muerte —casi suicida— lo confirma al final. Sigue a Morel porque es el único camino que se le presenta para huir de los hombres que lo desprecian. Luchar por un propósito noble es demostrarles que él no es tan vil como lo han tachado.

El levantino Habib no es más que un oportunista. No tarda en mostrar su verdadera cara cuando ayuda a Waïtari, el líder negro, a organizar una matanza en gran escala de elefantes, para hacerse de dinero con el fin de proseguir la campaña en pro de la independencia africana.

Pero es Waïtari, el "Napoleón africano", quien traduce mejor el espíritu de nuestra época. Es el político de las "manos sucias". Utiliza sin escrúpulos a Morel porque en esos momentos el idealista significa un instrumento necesario para sus planes. Hoy declara a los elefantes un símbolo de la libertad de su país, mañana no titubea en liquidar a todos los paquidermos del continente si el futuro de Africa estuviera en peligro. Para él, el hombre africano, en abstracto, está en primer lugar.

Veamos ahora las conclusiones que se desprenden del libro.

1. En torno al idealista nunca dejan de agruparse los parásitos —oportunistas (Habib), desadaptados (Minna, Forsythe), políticos sagaces

(Waïtari) — que tienden a transformar o a desvirtuar el sentido de la empresa.

Respecto a eso, el autor parece imprimirle al fenómeno un carácter positivo:

*"Es curioso observar cómo las grandes empresas humanas de la historia dependen, en ciertos momentos, de vulgares canallas. Mercaderes de armas, espías, agentes provocadores, gentes de los bajos fondos se hallan mezclados en algunas de las más nobles empresas humanas"*.

Pero en el caso de Morel, estos *canallas* son culpables en parte del fracaso de su obra.

2. El idealista a la larga se queda solo... o muerto. Si no lo ultimán sus enemigos, lo hacen sus colaboradores más "realistas". (Waïtari no vacila en dar orden de disparar contra Morel cuando éste se vuelve demasiado testarudo).

3. Si el idealista no se ha quedado solo, lo acompañan... otros idealistas. Consecuencia: la empresa muere lentamente, el impulso desaparece ante el empuje de la realidad, la inanición termina por devorar a las ideas y únicamente sobrevive el ejemplo, como un hecho abstracto, que carece de continuadores.

Decíamos que Morel es un idealista, aunque no un hombre pacífico, ya que por defender a los elefantes no trepida en emprenderlas a tiro limpio. Pero no le interesa, al contrario de Waïtari, emplear su campaña como un medio para alcanzar otras esferas. Sólo busca el apoyo de los hombres para llevar a cabo con eficacia la defensa de lo que considera valioso. Su único deseo es dar a la humanidad una lección de amor por los seres vivientes. Declara que el hombre se encuentra más solo que nunca, que ni la compañía de los miembros de su especie, ni la de los animales domésticos, es suficiente para llenar su soledad. El hombre, para Morel, necesita de algo más grande —porque el hombre se ha vuelto más pequeño cada vez—: la naturaleza entera. Pero las intenciones de Morel también pueden calificarse de ambiguas: afirma defender la naturaleza para la felicidad del hombre, sin embargo su petición contra la caza resulta ser, más que una petición a favor de los elefantes, una petición *contra* el hombre. Morel, como muchos idealistas, se ha extralimitado, ha olvidado que el hombre también es parte de la naturaleza; atacándolo, la defensa de aquella pierde la integralidad que es justo pretender. Morel es un tipo de idealista nocivo, es un fanático. ¿Debemos ver en *Las Raíces del Cielo* la expresión del escepticismo de su autor? ¿Debemos creer que el hombre ha dejado de ser digno de defenderse

desde el momento que un intelectual exalta la lucha abierta de un hombre por salvar el destino de otras especies que no son humanas?

Waïtari, el político ciento por ciento —y con esto llegamos a la conclusión de que es el verdadero antagonista de Morel—, también es un fanático. El líder nacionalista considera que no hay futuro para Africa si se deja a los elefantes —a la naturaleza en general— destruir el orden humano. (Aquí entra a colación la bendita palabra Progreso, que ha dejado de ser un valor occidental para Malraux y otros humanistas). La naturaleza libre debe ser sometida a todo precio. Para Morel, en cambio, no hay futuro para el hombre si éste se dedica a destruir sistemáticamente la naturaleza con el fin de construir obras materiales.

Como siempre, ambos están en *su* razón, pero nadie tiene *la* razón.

Sin embargo en la práctica, la realidad —y con ella, la historia— suele dar el fallo decisivo, unas veces justo, otras injusto. La realidad tiende a la permanencia de los Waïtari y a la desaparición de los Morel. Y los caminos, por lo tanto, acaban por construirse y el hombre consigue su relativa felicidad material, claro es que siempre al precio de los elefantes.

Al final pensamos a modo de consuelo: ¿Qué sería del mundo si fuese gobernado por los Morel? Respecto a los Waïtari, no es difícil dar una respuesta bien precisa: las civilizaciones se han formado y desarrollado en parte *gracias* a ellos.